

Artículo: Entrevista a Josefina Zoraida Vázquez
Autor(es): Salmeron, Alicia | | Speckman Guerra, Elisa
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 53
Año: 1998
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salmeron, Alicia y Elisa Speckman Guerra. "Entrevista a Josefina Zoraida Vázquez" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 53 (1998): p. 52-62. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3921>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ ENTREVISTAS

Entrevista a Josefina Zoraida Vázquez

Alicia Salmerón

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Elisa Speckman

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

La doctora Josefina Zoraida Vázquez ha sido maestra, muy estimada, de varias generaciones de historiadores en nuestro país. Incorporada al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México desde hace casi cuatro décadas, fue su directora entre 1973 y 1983. Con una sólida formación en instituciones mexicanas, así como de España, Argentina y Estados Unidos, se ha esforzado por reorientar la enseñanza de la historia en todos los niveles educativos. A través de sus libros de texto ha buscado que se entienda el pasado mexicano en su contexto universal y en su relación con el presente; a nivel de la enseñanza universitaria se ha preocupado por sacar a la historiografía mexicana de su encierro.

Como investigadora se ha acercado al conocimiento del pasado desde muy diversas perspectivas. Dedicada principalmente a la historia política, también se ha interesado por la historia social, militar, diplomática y cultural, así como por la historiografía. Desde esta perspectiva ha tocado temas como la política interior, el nacionalismo, la educación y el indigenismo mexicanos. Asimismo, ha investigado aspectos de la política exterior de México, Estados Unidos y Europa.

Es autora de algunas síntesis de la historia de México y, sin dejar nunca de asomarse a otros periodos, se ha especializado en una de las etapas menos conocidas de la historia nacional: la que abarca de finales del siglo XVIII a mediados del XIX. Entre sus libros se cuentan La imagen del indio en el español del siglo XVI, Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47, Nacionalismo y educación en México, Las revoluciones de independencia en México y Estados Unidos; un ensayo comparativo y El Colegio de México. Años de expansión e institucionalización, 1961-1990, además de numerosas obras escritas en colaboración con colegas y discípulos suyos.

Para comenzar esta entrevista, nos gustaría que nos introdujera en la historia política del siglo XIX, a cuyo estudio ha dedicado usted tantos años. Podría hablar-

nos, por ejemplo, de los mitos en la historia de este periodo: ¿cuáles son estos mitos?, ¿constituyen debates importantes en la historiografía mexicana hoy en día?

Creo que sí hay mitos importantes en debate y que es necesario acabar con ellos es un reto. Uno es el de la independencia, que por mucho tiempo ha sido vista simplemente como el resultado de influencias del exterior. Recuerdo, de estudiante, que se nos enseñaba que las causas de la independencia habían sido la revolución francesa, la revolución en Estados Unidos... Todo era influencia del exterior. Y no es cierto. Don Edmundo O'Gorman tiene esa frase famosa de: "La historia dice, pero pudo haber sido de otra forma."

Si bien se ha comenzado a asumir que la independencia se fue gestando desde el siglo XVIII y que estaba apoyada en un malestar generado en el interior de la Nueva España, todavía hay que introducir cambios en la manera de estudiarla. Hay que modificar, por ejemplo, la cronología que marca los límites de esa época: es absurdo que los especialistas en historia colonial no sepan del XIX y que los que sí saben ignoren la historia colonial. Esa división causa un gran mal, pues impide entender lo que sucedió. Pasa lo mismo con los que estudian la revolución, que ignoran la historia del siglo XIX, y tampoco entienden nada.

Otro mito que no nos hemos atrevido a romper es el de Iturbide, a quien se le niega el lugar que tiene en la historia. Se quitó su nombre del salón de sesiones de la Cámara de Diputados, como si eliminándolo pudiéramos borrar lo sucedido. A veces, me parece que necesitaríamos un psicoanálisis colectivo para poder enfrentar nuestro pasado y superarlo. No se ha podido asumir que Iturbide aceptó la independencia y que fue él quien propuso la unión de los ejércitos. Era criollo y tenía aspiraciones autonomistas, pero no quería que

le mataran a su padre, como habían matado a otros españoles. Uno puede entenderlo perfectamente. Ahora bien, eso no lo exime de la responsabilidad en sus excesos, pero creo que hay que revalorarlo, hay que verlo con otros ojos.

Un mito más en la historia del siglo XIX se refiere a la guerra con los Estados Unidos. De acuerdo con éste, los culpables de la pérdida de Texas fueron Santa Anna y la tiranía militar. Pero ¿cuál tiranía militar? Los militares eran tan pobres. Para darse cuenta de las condiciones en que estaban basta leer las cartas de Mier y Terán pidiendo dinero para darles de comer a los soldados. No se ha querido ver la complejidad del momento, tampoco el que México estaba destinado a perder esa guerra. Pienso que la guerra del 47 era inevitable y México no tenía posibilidades de ganarla. Estados Unidos tenía la idea de avanzar sobre ese territorio desde el siglo XVIII, y éste estaba deshabitado, no pudimos poblarlo. Por otro lado, estábamos aislados, al igual que lo estuvimos durante la independencia. Tuvimos que afrontar la guerra solos. Además, estábamos sujetos a dos amenazas: la de España y la conspiración monarquista, por un lado, y la de los Estados Unidos, por otro. El resultado era de esperarse y más con una tecnología, una artillería tan superior como la de los norteamericanos. ¿Por qué no lo vemos así? ¿Por qué tenemos que echarle la culpa a una persona? A Santa Anna no lo podemos exculpar, tiene culpas y grandes —era un irresponsable—, pero tenemos que deshacernos de mitos desastrosos.

Al igual que en el caso de la independencia, tenemos que enfrentar el reto de ver a la guerra contra los Estados Unidos con *Realpolitik* (realismo político)

co) como dicen ahora los científicos políticos. Y tenemos que estudiarla en sus aspectos tanto nacionales como internacionales. No lo hacemos porque no queremos encarar los fracasos, y por eso hemos aceptado muchas de las versiones texanas.

Otro mito, que lo fue también por mucho tiempo pero creo que ya se ha diluido bastante, es el que se elaboró en torno al porfiriato. En un caso semejante está la historia de la Reforma. Ha cambiado en los últimos años y ya tenemos a un Juárez un poco más mesurado; Miramón y los conservadores se aceptan ya también como mexicanos que querían el bien para el país. La historia del porfiriato y de la Reforma ha tenido mejor suerte que la de las décadas anteriores. Pero también los estudios sobre la independencia van ya por buen camino. Los mitos se están destruyendo, sólo que esta nueva visión no ha pasado aún a los libros de texto. Tampoco la política la acepta. Por eso todavía conservamos las viejas imágenes. Creo que esto ha comenzado a cambiar, pero tenemos que ampliar la difusión de las nuevas investigaciones para quitarle a la historia los simplismos.

En un testimonio suyo aparecido hace unos años —recogido en Historiadores de México en el siglo xx, bajo la coordinación de Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort— usted explicó cómo se interesó por el tema de la guerra del 47 y el de las relaciones con los Estados Unidos. ¿Podría hablarnos ahora de los caminos que la llevaron a alguno de sus otros temas, como a la imagen del indio y las políticas indigenistas, a la educación en México o al ejército?

Bueno, en lo personal he sido un poco dispersa... Y no sólo he tratado los temas que ustedes mencionan; también he escrito sobre historiografía —la influencia de mis maestros Edmundo O’Gorman y Juan Ortega y Medina está presente en mi interés por este último tema. La verdad es que creo que los historiadores deberían especializarse menos de lo que lo hacen, porque luego sólo ven para adelante y pierden lo que hay hacia los lados.

Pero volvamos a su pregunta. Puedo decir que mi interés por la imagen del indio tuvo diferentes momentos. Se inició mientras realizaba mi tesis de maestría, dirigida por O’Gorman —me atreví a trabajar bajo su dirección, fui de los pocos estudiantes que en aquellos años osaba hacerlo. Iba a hacer un estudio historiográfico sobre Gonzalo Fernández de Oviedo y emprendí la lectura de su libro para sacar notas sobre su estructura. Pero cuando le llevé mis fichas a don Edmundo resultó que cerca de tres cuartas partes eran sobre los indios. Entonces me dijo: “Bueno, parece que a usted no le interesa más que el indio, entonces céntrese en ese tema.” Cuando estuve en España, pude ahondar en el tema. Estudié las primeras relaciones geográficas de Indias y seguí con cuidado lo que decían sobre los indígenas. Me llamó la atención que la opinión de la mayor parte de los informantes coincidía con Oviedo y se alejaba de Las Casas. Si hubiera trabajado esos documentos con el apoyo de una computadora hubiera sido fantástico, hubiera podido cruzar las variantes con facilidad. Pero lo tuve que hacer todo a mano y fue muy pesado.

Más tarde, durante mis viajes por Sudamérica, no podía evitar hacer com-

paraciones entre la historia latinoamericana y la mexicana. Entonces me interesé por cómo México se había visto a sí mismo. De ahí surgió el tema de las políticas indigenistas en la historia mexicana. El indigenismo en la historia es un problema que viví dramáticamente en el bachillerato, cuando se encontraron los restos de Cortés y se inventaron los de Cuauhtémoc. Era tan absurdo intentar olvidar una parte de nuestro pasado, pues tratar de negar lo español era negar nuestra cultura. Esa dicotomía entre lo indígena y lo español se convirtió en una especie de obsesión personal, tal vez por el hecho de que mi padre fuera español. Yo estudié en una escuela oficial, muy extremista, y la maestra nos decía cosas espantosas de los españoles. Al salir de clases, llegaba a mi casa, veía a mi papá y, por más que a ratitos era un poco gritón, no me parecía terrible. Reaccioné entonces a la exageración, a la forma en que se polarizaba la historia de México. Me introduje en la historia universal para no quedarme en ese indigenismo absurdo. Después pude volver a mis raíces, a mi historia, y me interesé también por su enseñanza. Así surgió el libro *Nacionalismo y educación en México*.

¿Podría decirnos cómo fue para usted, una mujer historiadora, el abrirse paso en un mundo académico constituido casi exclusivamente por hombres, como lo era el medio mexicano cuando usted inició su carrera?

Debo decir que fue difícil. Y lo fue desde que estaba en el bachillerato, donde las mujeres éramos una minoría. Creo que seríamos como 8 o 10 muchachas en grupos de 40 o 50 alumnos. Estudié en la

Preparatoria Nacional número uno, y ahí los maestros nos hacían centro de sus burlas: "Ajá, sí, hasta que se casen ¿no?", nos decían todo el tiempo. No nos tomaban en cuenta. No todos los maestros, por fortuna, pero sí una gran mayoría.

En la Facultad también había algo de menosprecio, pero menos porque éramos muchas mujeres en Historia —los hombres brillaban por su ausencia. Sin embargo, cuando tuve que buscar becas y entré a la vida académica, a pesar de que tenía mejor *curriculum* que otros historiadores —mejores calificaciones, título y todo—, muchas veces se prefirió a hombres. Por ejemplo, cuando gente de la Universidad de Los Andes, de Mérida, Venezuela, vino a buscar un maestro a México, se escogió entre dos candidatos: Eduardo Blanquel y yo. Yo tenía doctorado y él todavía no se había licenciado, y lo prefirieron. Eso nunca se me ha olvidado. Me dio gusto por él, que además hizo allá una labor muy importante porque era muy buen profesor. Pero no por eso dejó de ser injusto.

Esta situación se volvió a repetir, no una sino varias veces. Otra de ellas fue cuando estaba estudiando en España: solicité una beca que daba la UNAM—una "bequita" de trescientos pesos. Se la dieron también a un hombre, mucho mayor que yo, que no tenía la tesis ni títulos; y me quedé sin los trescientos pesos que me hacían una gran falta.

Todavía cuando entré a la Universidad de Harvard tuve algunos problemas. Apenas uno o dos años antes se había integrado la escuela de graduados con hombres y mujeres; en las licenciaturas estaban todavía separados. Y por ejemplo, la Fundación Rockefeller, que me había otorgado una beca, mostró gran desconfianza: como estaba casada, te-

mían que me embarazara. La Fundación no quería que saliera de Cambridge. Cuando vine a México por tres semanas, tuve que renunciar a esas tres semanas de beca. Se me vigilaba todo el tiempo, existía una gran desconfianza.

Sin embargo, en otros sentidos tuve suerte. Don Edmundo O'Gorman prefería a los hombres, pero a pesar de ello sentí gran apoyo de su parte. En cambio, creo que don Juan Ortega era más parejo; también Alberto Escalona. Con don Daniel Cosío Villegas la relación era diferente: él trataba de ser justo socialmente y establecía sus distinciones, considerando si alguien tenía hijos o no... Y cuando uno protestaba, don Daniel reaccionaba y reconocía la justicia de lo que se le reclamaba.

En términos generales, a mí me tocó un momento difícil. Me tocó ser "sandwich" en medio de dos generaciones: la que me seguía, que ya tuvo muchas más facilidades para el estudio, y la anterior, formada por historiadoras que se asumieron con ciertas limitaciones por ser mujeres, que no se rebelaron. Pero yo no acepté la situación de la generación que me precedió: me escapé, me fui a Europa, anduve en todas partes; casada o no continué viajando y seguí haciendo cosas. Era pesado a ratos; entre mis colegas me encontraba un poco fuera de lugar y aquello se prestaba a algún chistecillo molesto.

Me costó mucho trabajo, por ejemplo, ascender en El Colegio de México, y en las instituciones en general. A veces por ser discípula de don Edmundo, pero otras por ser mujer. Alguna vez le oí decir a Alejandra Moreno que a ella, al contrario, le había favorecido ser mujer, lo que ilustra la gran distancia que existe entre su generación y la mía.

Para cuando ella entró en la vida profesional existía mayor apertura y el mundo académico se había acostumbrado a las mujeres. Don Edmundo solía decir que la historia se iba a convertir en un ámbito de plumas femeninas, porque los hombres estaban creciendo en otras disciplinas. Creo que esto no ha llegado a ser cierto, por fortuna, porque es bueno que los ojos de los dos observen el pasado; después de todo vemos con diferentes perspectivas algunas cosas, y creo que eso puede enriquecer la visión de ambos.

Pero sí fue difícil, al menos hasta cierto momento. No sé si todavía lo siento ahora, aunque más bien sí. Resiento, por ejemplo, que de cerca de 220 premios nacionales sólo siete hayan sido otorgados a mujeres. Ese número no corresponde a la proporción de la representación femenina en la vida cultural; me parece que, en general, los expedientes de las mujeres ni siquiera se consideran. Creo que eso todavía está mal y lo resiento como género, como dirían las feministas, lo considero como una injusticia. Tal vez a mí me importe ahora un poco menos; en todo caso me importa por mis alumnas, aunque ya las veo más equilibradas, en un medio más justo. Ojalá que sea así.

Siguiendo con su experiencia como historiadora, podría hablarnos un poco sobre cómo trabaja usted con sus alumnos. Nos gustaría que nos hablara de su magisterio, por ejemplo, de los seminarios que ha organizado con sus estudiantes a lo largo ya de varias décadas.

Siempre me ha gustado tener un seminario; creo que es la mejor forma de

enseñar y aprender sobre el tema que investigamos. Cuando uno está en este quehacer de la investigación es muy bueno interesar a otros en los mismos temas y, a veces, hasta realizar proyectos comunes. Por ello, he organizado varios grupos. Uno de los primeros se formó cuando me encargaron el tomo séptimo de la *Historia de México* de Salvat, y decidí hacerlo con mis alumnos de El Colegio de México y de la UNAM. Participaron Aurelio de los Reyes, Cecilia Noriega, Clark Crook Castán, Jesús Velasco y Dorothy Tanck; cada uno hizo un capítulo o dos, y realmente fue una experiencia muy buena. Ellos ganaron algo de dinero y aprendieron; por mi parte tuve que revisar, pero al fin y al cabo fue una obra mucho más satisfactoria para mí y a ellos les dio un empujón cuando empezaban a escribir.

Después tuve otros proyectos. El caso de los seminarios de la historia de la educación fue un poco diferente: reuní a algunas antiguas alumnas de la Universidad Nacional y, sobre todo, de la Iberoamericana, y emprendimos la historia de la educación en México. De esos seminarios han salido varios volúmenes y siguen saliendo.

Otra obra muy importante para mí fue la de *Planes políticos*. A mí me interesaban los planes y logré interesar a mis alumnos. Nos pusimos a trabajar sobre todo en el Archivo General y en el Archivo de la Defensa. Era muy bonito ver cómo ellos se entusiasmaban al encontrar los expedientes de los planes en lugares inesperados y al conocer sus términos. Les sacábamos fotocopias —pudimos hacerlo—, y aún los conservamos... Los guardamos porque no todos los planes se publicaron, así que ahí siguen en el archivero que está frente

a mi vieja oficina. Esos tres tomos de planes políticos fueron el resultado de un semestre de trabajo en El Colegio de México, y nos permitieron, a ellos y a mí, adquirir un gran conocimiento sobre tres décadas del siglo xix.

Más recientemente ha habido proyectos comunes que han llegado a feliz término. Por ejemplo, los libros sobre las interpretaciones —*Interpretaciones del siglo xviii mexicano. El impacto de las reformas borbónicas e Interpretaciones de la independencia de México*— son también, al fin y al cabo, trabajos conjuntos hechos con colegas y alumnos. O el trabajo reciente que hicimos para los 150 años de la guerra con Estados Unidos. Pensé que para recordar esa fecha se iban a hacer más cosas; pero no se hicieron tantas, y temía que pasara como con otros centenarios, es decir, que todos escribieran sin saber nada. Por eso, con tiempo, invité a algunos alumnos a hacer un libro. Poco a poco se fueron sumando más interesados y llegamos a ser veintitrés: dos extranjeros —un amigo, Brian Hamnett, y una doctoranda, Barbara Corbett—, los demás son mexicanos de diversas instituciones de todo el país, muchos de ellos ex alumnos míos. Juntos hicimos *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*. Fue una experiencia realmente muy reveladora, sobre todo la reunión que hicimos en Xalapa. La crítica que se hicieron unos a otros fue tan viva, así como la forma en que intercambiamos puntos de vista sobre los trabajos ya hechos, que realmente creo que ésta ha sido una de las experiencias más interesantes que he tenido como maestra. Parece que para ellos también lo fue, pues me pidieron que siguiéramos trabajando. Ahora vamos a

emprender el estudio del primer federalismo mexicano, también desde el punto de vista de los diversos estados.

En fin, a mí me gusta muchísimo trabajar con jóvenes. Me gusta conocer sus inquietudes, aprender de ellos. De algunos grupos de estudiantes he aprendido mucho, como de aquel en el que estuvieron Cecilia Zuleta y Rafael Rojas. Era un grupo con muchos latinoamericanos y trabajar con ellos las reformas borbónicas y la independencia fue muy revelador. Me enteré de cosas que no sabía de otros países, y es que realmente la experiencia novohispana no se parece a la argentina, ni a la chilena o a la peruana. Por ejemplo, las reformas borbónicas que perjudicaron a la Nueva España favorecieron mucho a Cuba. Y esto pudimos verlo a partir de la discusión de una lectura de Allan Kuethe. Se aprende mucho con los alumnos. Creo que mi curiosidad es insaciable, gracias a Dios, porque así no me vuelvo una maestra rutinaria.

Ahora queremos pedirle que nos hable un poco sobre su oficio de historiadora: ¿cómo delimita su tema, organiza su trabajo y va construyendo sus textos?

Bueno, yo no soy tan organizada... Elijo el tema porque me interesa, porque me inquieta, esté o no de moda. Algunas veces las modas me alcanzan: cuando empecé a interesarme por la historia política, ésta estaba verdaderamente en el peor rango de la historia, lo que yo hacía era una basura. Y, de repente, los acontecimientos de nuestra época revivieron la historia política y volvió a estar de moda —por supuesto que no la vieja, sino una nueva historia política.

Pues bien, una vez que puedo precisar lo que me interesa —la vida política de la independencia o la guerra con Estados Unidos—, comienzan a saltar los temas específicos: el federalismo, la Iglesia, el ejército, la economía, las relaciones diplomáticas... Y, en mi caso, parece que me intereso por todos.

La primera mitad del siglo fue una época muy mal estudiada durante años; era necesario consultar muchos papeles e ir rodeando con ellos los temas para entender aquellas décadas. Eso me condujo a la dispersión. Por ejemplo, desde hace tiempo he querido escribir un libro sobre los militares y el Estado; pero como siempre se dijo que la Iglesia era la causante de todos los males —y ése es otro mito por revisar—, en mi intento por entender el periodo, no he podido dejar de trabajar sobre la Iglesia. Por otro lado, cuando entro al Archivo de la Defensa y encuentro que, además de la historia militar, hay ahí tantas otras cosas, no puedo sino interesarme también en ellas. Y es que en ese archivo está la historia política de años, está la clave de algunos problemas fronterizos y, por tanto, parte de la historia de las relaciones internacionales; también hay cosas importantes de historia social, por ejemplo, sobre el uso que se hacía del fuero... Es un archivo subutilizado y puede dar tanto que uno no puede menos que interesarse.

Es verdad que no soy muy sistemática, tengo que confesarlo, y tal vez pierdo algo de tiempo al acercarme a tantos temas. Pero es que tengo la ambición de hacer una historia tan comprehensiva como sea posible. No estoy segura de lograrlo, pero lo intento.

Debo decir que ahora ya conocemos un poco mejor la historia de la primera

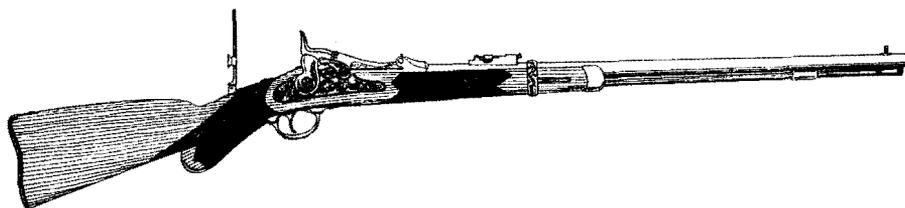
mitad del siglo *xx*, sobre todo la económica y la social. Los libros de Brian Hamnett, por ejemplo, han aportado mucho. Y ése es un gran apoyo para nuevas investigaciones. También se ha estudiado más sobre la historia regional. Debemos recordar que Luis González llamó la atención hacia la microhistoria, aunque hay que decir también que sus seguidores exageraron el punto. Si *Pueblo en vilo* —ese libro maravilloso— ha sido tan sugerente, se debe en parte a que Luis sabía historia nacional. Pero si ustedes cuentan la historia de cualquier pueblo en este país sin tener dominio del pasado nacional, por más que tengan buena pluma, su trabajo no alcanza la misma relevancia.

Sobre este tema he polemizado tanto que se ha dicho que estoy en contra de la historia regional. Eso es falso, mis alumnos hacen estudios regionales. Lo que creo es que debe existir un equilibrio. Y desde luego, estoy de acuerdo en que tenemos que superar esa falsa idea de que la historia se hace en el centro. Todos los grandes acontecimientos y, hasta muy recientemente, todos los gobernantes venían de fuera —de España, de las provincias o de los estados. Tenemos que rehacer la historia de México sin pretender tener como centro al gobierno nacional, pero también

sin pretender entender todo alrededor del pasado en un rincón olvidado.

Vuelvo a la pregunta de cómo organizo mi trabajo de investigación. Una vez que elijo el tema, me acerco a los materiales. Busco leer a alguno de los grandes historiadores que han tratado la época, pero me concentro principalmente en los archivos; después vuelvo a los libros, pero hago ya una lectura diferente, a la luz de lo visto en los documentos. Me encantan los archivos personales: el de Gómez Farías, el de Paredes Arrillaga, los papeles de Mora, los de don Mariano Riva Palacio... Es fascinante seguirlos, aunque uno sepa ya lo que va a suceder; es una forma de ir viviendo el pasado, de revivir lo que fue, que es una experiencia tan difícil de lograr. Creo que pensar en el pasado, desde nuestra circunstancia, es el reto más grande que tenemos los historiadores.

A lo largo de los años he reunido mucho material, muchísimos documentos para muy diversas cosas y, sin embargo, continúo trabajando sobre el mismo tema principal: ¿cómo funcionaba aquel gobierno?, ¿cómo funcionaba aquella sociedad? y ¿qué se pretendía realmente? Esto sigue siendo un enigma. Y como todavía no estoy satisfecha, sigo buscándole por aquí y por allá.



Para concluir queremos preguntarle ¿cuáles considera usted que son los libros fundamentales de nuestra época?

Es una pregunta difícil de contestar porque se han publicado millones de libros y cada quien puede considerar importantes diferentes textos. Incluso, pensando en mi propio caso, resulta una tarea ardua señalar los libros que fueron fundamentales para mí, porque cambiaron a medida que crecí. En todo caso, voy a tratar de mencionar aquellos que pienso que han sido significativos para mi formación y mi trabajo como historiadora.

Empezaré por las obras importantes en mi niñez, una etapa clave, pues en ella se empieza a forjar la vocación. Los cuentos de hadas despertaron mi interés por la lectura. Recuerdo aquella colección fantástica que publicaba Molino en Sudamérica: cuentos de hadas rusos, chinos, alemanes... Mis favoritos eran los rusos. Desde entonces me fasciné con la historia de Rusia; por eso, ya en la Facultad, tomé muchas veces el curso de Boris Popovisky, quien intentó enseñarme ruso con la idea de que más adelante yo tomara su lugar, pero por desgracia murió muy pronto. En aquellos años fueron básicos para mí los libros de historia de las culturas, por ejemplo, el de Will Durant sobre la vida de Grecia; ese libro me fascinaba. Las novelas de Charles Dickens también me introdujeron en la historia. Y luego las biografías de inventores o descubridores, como *Cazadores de microbios*, *Drogas mágicas* o la vida de Madame Curie. Yo quería imitarlos y convertirme en una gran descubridora. En aquella época me inclinaba por las ciencias y me gustaba leer sobre química, biología, astronomía... Pero después leí un libro sobre

Schliemann y me impresionó mucho; entonces quise ser arqueóloga. A pesar de las diferencias en cuanto a los temas que trataban aquellos libros todos tuvieron algo en común: despertaron mi interés por descubrir cosas, así como mi afán viajero, mi curiosidad por el mundo.

Más tarde, cuando ingresé a la secundaria, comencé a leer literatura histórica. En ese entonces conocí las novelas de Benito Pérez Galdós; con el tiempo leí a autores como Aldous Huxley, André Malraux, Jean Paul Sartre y Miguel de Unamuno. Yo acostumbraba leer muchas novelas, era muy novelera, lo he sido toda mi vida. Tengo que confesar que ahora me resisto a empezar nuevas novelas, porque no las puedo dejar hasta que las termino; leerlas se convierte en una especie de manda y, al llegar al final, me da mucha pena que se hayan terminado. Y bueno, la literatura fue otra vía que me llevó a interesarme por la historia, porque al fin y al cabo las novelas pintan la época en que están ambientadas.

En el bachillerato me acerqué a la filosofía. Llevé un curso introductorio que me permitió descubrir la filosofía griega, y me fascinó. Así, a pesar de que mi vocación, cuando era niña, parecía inclinarse por las ciencias, con el tiempo me atrajeron las humanidades. No sé cómo me definí por la historia, tal vez mi papá me impulsó, porque a él le gustaba mucho.

Ya en la Facultad de Filosofía y Letras, durante mi formación como historiadora, conocí libros muy importantes. Por ejemplo, el de Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, o los de Jacob Burckhardt, *La historia de la cultura griega* y *La cultura del Renacimiento en Italia*. Me llamaron mucho la aten-

ción los estudios de la Edad Media y aquellos libros que estuvieron de moda después de la guerra y que comparaban los tiempos que vivíamos con la época medieval. También leí a Spengler y me asusté un poco. Por otro lado, fue esencial para mí el libro de Edmundo O'Gorman, *La invención de América*, que transformó mi forma de pensar. Ustedes ahora están acostumbradas a ese tipo de ideas, pero no imaginan lo que significaba, en su momento, decir que Cristóbal Colón no pudo concebir la existencia de América y ésta había sido una invención de la cultura occidental, posterior a los viajes de exploración. Aquella fue una propuesta sumamente original. A nosotros nos hizo cuestionarnos muchas cosas, además de que nos enseñó a tratar de ver más allá de la apariencia y a criticar lo que estábamos acostumbrados a oír... Desde luego don Edmundo fue un maestro singular.

En los años de estudio en la Facultad me acerqué un poco a la historia de Sudamérica a partir de un libro que me llamó mucho la atención: *Ensayos de la historia del Nuevo Mundo*. Éste incluye un trabajo de Natalicio González, un historiador paraguayo que aborda el tema de la guerra de Paraguay contra Argentina, Uruguay y Brasil, que casi terminó con ese pequeño país. También leí a José Luis Romero, quien tenía una visión muy filosófica y despertó en mí muchas inquietudes. Lo mismo sucedió con las obras que tuve que leer para los cursos de filosofía de la historia, como las de R. G. Collingwood, José Ortega y Gasset o Benedetto Croce. Es difícil acordarse de tantos textos... Recuerdo que por entonces estaba muy de moda leer a Braudel: su libro nos ayudó a ampliar nuestra visión hacia la historia social y

económica. En esta misma dirección debo reconocer la herencia de un maestro: Alberto Escalona Ramos. Era uno de esos grandes profesores que saben despertar las inquietudes de los estudiantes. Él me interesó por la geografía económica.

Posteriormente, durante mis estudios en la Universidad de Harvard, considero muy importantes a dos profesores y dos libros escritos por ellos. Uno de ellos es Oscar Handlin y su libro *The uprooted*. El autor empieza diciendo: "yo me interesé por la migración y, al estudiarla, me di cuenta de que la migración es la historia de los Estados Unidos". Analiza el proceso de americanización de los inmigrantes —tanto de los que llegaron por su gusto como de los que se vieron forzados a ello—, cómo se tuvieron que ir adaptando al medio y las diferencias respecto a sus hijos ya nacidos en América. Es un libro muy humano. El segundo profesor fue Bernard Bailyn, y su obra *The ideological origins of the American revolution* me causó casi la misma impresión que *La invención de América*, tanto que inclinó mis preferencias actuales. Ese trabajo despertó mi interés por los movimientos de independencia y por establecer paralelismos entre la independencia norteamericana y la mexicana. Además, ese profesor y su obra encauzaron mi interés por el pensamiento político, la cultura política y el constitucionalismo, temas que definen mis preocupaciones actuales. Sin duda, Bailyn fue otro de esos maestros sensacionales, de esos que dice uno "¡qué suerte haberlo tenido!"

Podría seguir nombrando otros libros que utilicé cuando era estudiante, pero debo reconocer que algunos, que en otro tiempo consideré muy importantes, ya no me lo parecen tanto. Es natural, pues

han pasado cincuenta años... De lecturas posteriores que han marcado mi pensamiento, en cambio, podría hacer una lista enorme de autores. Formarían parte de esta lista Lewis Namier, el biógrafo de Jorge III; Frederick Jackson Turner, con su idea de la frontera en la historia americana y, desde luego, Eric Hobsbawm, cuyos libros han influido en todas las generaciones. Incluiría además a Samuel Huntington, a Kennedy y a John Galbraith y, por supuesto, a Nettie Lee Benson. También mencionaría a autores que me son más cercanos como David Brading, William Taylor, James Lockhart, Charles Hale, Richard Morse, John Elliot y Mario Góngora.

Y como lectora de novelas —sigo pensando que la novela es fuente muy importante para conocer la realidad—, tampoco podría dejar de mencionar a mis autores favoritos. Dickens y Pérez Galdós siguen estando entre ellos; también Stendhal y Thomas Mann. Entre los latinoamericanos, hay algunos escritores que dicen mucho de nuestra realidad, como Carlos Fuentes en *La muerte de Artemio Cruz* o Mario Vargas Llosa en sus *Conversaciones en la catedral*. Por otra parte, la literatura japonesa me

fascina: me introduje a ella como consorte y conservé el gusto. Por ejemplo, leí la obra de Kawabata, esas novelas que parece que no llegan a ningún lado y lo introducen a uno en una sociedad aparentemente exótica, pero que resulta no estar tan alejada de la nuestra.

La verdad es que su pregunta es difícil de contestar, pues es muy amplio el abanico de lecturas que inciden en la formación intelectual de una persona. Y además de los libros, influye también el contacto personal con sus autores. Para mí ha sido muy importante la relación con amigos como Horst Pietschmann, Antonio Annino, Francisco Xavier Guerra o Brian Hamnett. ¿Qué tanto hubieran influido en mí o qué tanto hubiera perdido si no los conociera, si no bordáramos constantemente sobre nuestros temas? No lo sé. Pero he tenido la suerte de convivir bastante con ellos, y eso me ha ayudado a mantener vivas mis inquietudes y abrirme hacia nuevos horizontes, hacia nuevas formas de hacer historia. Así, a pesar de que en lo fundamental sigo siendo alumna de don Edmundo, lecturas y amigos me han llevado a alejarme de la forma en que abordaba los temas cuando me inicié como historiadora. □

